

Costanza Rizzacasa d'Orsogna

La cultura
de la cancelación
en Estados Unidos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Scorrettissimi. La cancel culture nella cultura americana*

Traducción: Manuel Cuesta Aguirre

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022, Gius. Laterza & Figli, all rights reserved

© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-261-5

Depósito legal: M. 4.122-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
28	1. ¿Qué es la cultura de la cancelación? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?
67	2. Guerras culturales y guerras civiles ¿Estamos polarizados? Y eso ¿qué quiere decir?
89	3. Philip Roth y Blake Bailey Dos semanas de locura en abril y un libro al traste
128	4. Mark Twain y Harper Lee Palabras que empiezan por ene y salvadores blancos
172	5. ¿Hemingway y Norman Mailer? Ya llevan tiempo cancelados Historia de un escándalo que no lo era
213	6. Prohíbe tú, que prohíbo yo también El cortocircuito de la censura en las escuelas
240	7. «¿Tú también, Homero?»
260	8. De <i>Lo que el viento se llevó</i> al <i>color-blind casting</i>
299	9. <i>Stay hungry, stay woke</i> Historia de una palabra convertida en su contrario
320	Conclusión

Definitions belong to the definers, not the defined¹.

1. «Las definiciones son cosa de quienes definen, no de quien es definido». (N. del T.)

Introducción

Mark Twain, Harper Lee, Flannery O'Connor... Canceleámoslos a todos. Cancelemos a Homero, como hizo un centro de secundaria de Massachusetts que prohibió la *Odisea* porque, en el siglo IX a. C., promovía ideas no conformes con los modernos códigos de comportamiento. La pobre Penélope esperando paciente el regreso del marido durante veinte años no es, desde luego, el modelo feminista que dar a los alumnos... El movimiento antiintelectual de «cancelación» de los clásicos se extiende, desde la escuela, a las editoriales. Una censura democrática: desde Francis Scott Fitzgerald hasta Mary Poppins, no se salva nadie. «Si eximimos a Shakespeare de sus responsabilidades solamente porque vivía en una época histórica en la que prevalecían sentimientos de odio, corremos el riesgo de estar transmitiendo el mensaje de que la excelencia académica es más importante que la educación y el respeto», observa Padma Venkatraman en el

School Library Journal, añeja publicación destinada a las bibliotecas escolares (citada por el *Wall Street Journal*). Y en Twitter arrecia #DisruptTexts, movimiento *grassroot* –es decir: que nace desde abajo– de justicia social promovido, desde hace algunos años, por docentes de la enseñanza obligatoria para quienes cualquier obra que no se atenga a las normas percibidas en materia de respeto e igualdad debe ser prohibida. «La *Odisea* es basura», proclamaba una investigadora que afirmaba «trabajar por la liberación». «Orgullosos de haberla sacado de los libros de texto», respondían desde la Lawrence High School de Lawrence, en el estado de Massachusetts. Desde Seattle, alguien decía que «preferiría morir antes que enseñar *La letra escarlata*, de Hawthorne». ¿Qué está pasando en la sociedad y en la cultura estadounidenses?

¿Era muy racista Flannery O'Connor? ¿Era muy misógino era muy Philip Roth? ¿Era muy antisemita Patricia Highsmith? ¿Debería importarnos? Movimientos como #MeToo y Black Lives Matter no han hecho más que acelerar unas campañas de justicia social que, nacidas en los campus universitarios hace treinta años, empujan a los Estados Unidos a replantearse su propio canon literario –y muchas otras cosas– a la luz de lo políticamente correcto. Unas campañas que ciertamente no carecen de méritos teniendo en cuenta que, todavía en 2015, cuando un grupo de alumnos de la Universidad de Columbia pidió, en una carta abierta que circuló por todo el mundo académico, que a las *Metamorfosis* de Ovidio se les añadiese una advertencia –el llamado *trigger warning*– sobre las violencias sexuales que el texto describe, el plan de estudios de cultura humanística y civilización

contemporánea de esta prestigiosa universidad –en la que el 50 % de los alumnos de licenciatura es negro, hispano / latinoamericano, asiático o nativo americano– reducía, salvo poquísimas excepciones, miles de años de literatura y filosofía a una lista escrita por y para varones blancos antes de que se «comprendiera» que las mujeres, los negros y las minorías étnicas y LGBTQIA no son individuos ni autores de segunda categoría. El famoso *core curriculum* de Columbia, enraizado en la filosofía y la literatura occidentales y envidia de todo el mundo académico estadounidense, se había quedado anticuado. «Nuestras identidades cuentan –observan en su escrito los alumnos del Multicultural Advisory Board de la institución–. Los principales textos que han puesto las bases de la sociedad occidental –que se presentan como universales, venerables e incontestables– han creado una experiencia injusta, inicua y opresiva para muchísimos alumnos».

«O eres parte de la solución, o serás parte del problema», señalaba el activista afroamericano Eldridge Cleaver, líder de los Black Panthers. Hoy, sin embargo, se incluyen en el índice obras maestras –y autores antiguos y modernos– con motivaciones cada vez más dudosas: desde el uso de términos y representaciones que actualmente calificaríamos de racistas –pero que eran de uso común en la época en la que se emplearon– hasta el abandono del estudio del latín y del griego antiguo por constituir expresiones de civilizaciones colonizadoras. Palabras como «cultura de la cancelación» (*cancel culture*) –usada hasta la saciedad y con frecuencia de manera inadecuada–, «apropiación cultural», «supremacía blanca»,

«discurso de odio» (*hate speech*), «masculinidad tóxica», «inclusión», «privilegio blanco» (*white privilege*), «blanqueamiento cinematográfico» (*whitewashing*), «microagresiones», *wokeness* –es decir: una actitud «despierta» o «alerta», se entiende que frente a situaciones de discriminación– y *trigger warning* –o sea, una advertencia que se añade a una obra poniendo en guardia frente a contenidos potencialmente ofensivos de esta– inundan las conversaciones cotidianas y las redes sociales, influyendo también en el Viejo Mundo. Sobre este fondo tenemos una polarización de la política y del pensamiento estadounidenses que, según los expertos, ha llegado a un punto de no retorno, y sobre todo tenemos eso que los estudiosos Greg Lukianoff y Jonathan Haidt califican de «poner las mentes de los jóvenes entre algodones»: el modelo parental y educativo del *safetyism*, la seguridad emocional como valor sagrado¹. Las guerras culturales irrumpen en la enseñanza obligatoria; el número de libros prohibidos o impugnados bate, cada mes, un nuevo récord. Prohibir libros no es nada nuevo en las escuelas estadounidenses –sobre todo para contenidos relativos a la cuestión racial o a la orientación y a la identidad sexuales–, pero hoy las tácticas son distintas, y la politización, fortísima.

«La cultura de la cancelación se ha convertido en *mobbing* –comentaba el *Wall Street Journal*–. Ideólogos, docentes y agitadores sociales niegan a los alumnos el acce-

1. Para *safetyism* se han propuesto en español, además de calcos tipo «segurismo», expresiones como «cultura de la ultraseguridad» o «profilaxismo». Véase Lorenzo Gallego Borghini, «*Safetyism*», en *El Trujamán. Revista de traducción*, 6 de octubre de 2021, disponible gratuitamente en cvc.cervantes.es/trujaman. (N. del T.)

so a la literatura, reduciendo la complejidad de esta a luchas de poder». La escritora nigeriano-estadounidense Chimamanda Ngozi Adichie –en seguida cancelada también ella– opina que

se ahogan en el moralismo social, pero carecen de empatía; pontifican sobre la amabilidad en Twitter, pero son incapaces de actos de amabilidad. Dicen amar la literatura –es decir, la complicada historia de la humanidad–, pero están monomaniáticamente obsesionados con la ortodoxia ideológica predominante de turno.

La lista de los textos del índice va creciendo: Faulkner, Kerouac, pero también Toni Morrison y Margaret Atwood, porque la cultura de la cancelación no solo es de izquierdas.

Y se trata de un movimiento tan apegado a las palabras, que parece perder de vista la sustancia. Así, la expresión *trigger warning*, que se acuñó en la década de 1980 con referencia al síndrome de estrés postraumático de los supervivientes de la guerra de Vietnam, en 2012, cuando se usaba constantemente en los blogs feministas, ya estaba vacía de significado. «El de hoy es un feminismo blando, vacío, flojo, que habla con eslóganes en vez de llegar al fondo», me decía para el *Corriere della Sera* Jessa Crispin, autora del antimanifiesto *Por qué no soy feminista. Un manifiesto feminista* (Melville House 2017; publicado en español por Los Libros del Lince):

La camiseta de Dior con la frase *We Should All Be Feminists* [Deberíamos ser todos feministas] no es feminismo, sino

solo consumismo. Se trata de un feminismo *lifestyle*, de un ejercicio de mercadotecnia, mientras que los esfuerzos por transformaciones sociales estructurales están a cero.

Y una reflexión semejante hacía, analizando la campaña presidencial de 2016 de Hillary Clinton en una entrevista para *La Lettura* –el suplemento del *Corriere della Sera*–, la periodista de *The New York Times* Amy Chozick, autora de *Chasing Hillary. Ten Years, Two Presidential Campaigns, and One Intact Glass Ceiling* [Persiguiendo a Hillary. Diez años, dos campañas presidenciales y un techo de cristal intacto] (Harper 2018).

«Extraordinaria», habían dicho Don Winslow, Oprah Winfrey y Stephen King sobre *Tierra americana*, novela superventas de Jeanine Cummins sobre los migrantes mexicanos... y que se convirtió en el protagonista del mayor escándalo de apropiación cultural de 2020. Cuando la crítica empezó a evidenciar clichés e inexactitudes lingüístico-culturales y trascendió que Cummins no tiene orígenes mexicanos ni ha sido nunca migrante, las amenazas que la autora empezó a recibir –incluso de muerte– forzaron a la editorial Flatiron a cancelar la gira de presentaciones del libro. También a reunirse, de resultas de peticiones de «resarcimiento moral», con autoras de orígenes acreditados a las que prometer una mayor consideración. Cosa, esta, buena y justa... de no ser porque el problema no era que Cummins no fuese mexicana, sino que había escrito un libro modesto. Pues está claro que un chiste sobre los campos de concentración nazis adquiere, si lo cuenta un judío, un significado muy distinto que si es un alemán quien lo cuenta; pero decir que

solamente un mexicano puede escribir sobre cosas mexicanas es como decir que solo un asesino puede escribir sobre homicidios, que solo una mujer puede escribir sobre mujeres. Cancelemos, entonces, a Thomas Keneally, autor de *La lista de Schlinder*. ¿Cómo se atreve a escribir semejante libro siendo un australiano de orígenes irlandeses? Cancelemos a Asimov, a Flaubert. Notable fue también, siempre en 2020, el escándalo a propósito de *Mi sombría Vanessa* (aparecido en inglés en William Morrow, y en castellano en HarperCollins Español), ópera prima millonaria de Kate Russell sobre una adolescente que sufre acoso sexual. Cuando la escritora Wendy Ortiz lamentó unas sospechosas semejanzas entre esta novela y sus propias memorias –publicadas años antes por una editorial pequeña–, se armó un lío descomunal. «Enésimo caso de una blanca que se aprovecha de autoras de color, explotando el trauma de estas para convertirlo en narrativa», se gritó, forzando a Oprah Winfrey, superviviente del caso Cummins, a excluir a Russell de su club de lectura. Solo que aquí no había plagio: Russell, que no habría querido hacerlo, se vio obligada a confesar que la historia era la suya... y Ortiz se vio obligada a confesar que ni siquiera había leído el libro de Russell. El lado positivo de estas historias –puestos a buscárselo– es que las polémicas no frenan las ventas, sino que a menudo las aumentan, como en febrero de 2022 sucedió con *Maus. Relato de un superviviente*, la novela gráfica de Art Spiegelman –Premio Pulitzer de 1992–, tras ser prohibida en un distrito escolar del estado de Tennessee.

A menudo la furia canceladora da lugar a disparates. Por ejemplo en Brown, universidad de la Ivy League con

sede en Providence, en el estado de Rhode Island, y en la que algunos alumnos, fundadores del movimiento Decolonization at Brown, querían quitar de los patios del campus las estatuas de Octavio Augusto y Marco Aurelio –copias de las correspondientes obras romanas, donadas a esta institución entre 1906 y 1908– por entender que promovían la supremacía blanca y el genocidio. «Celebran el colonialismo en los Estados Unidos», lamentaba en el periódico estudiantil uno de dichos alumnos, a quien le vendría bien un repaso de historia. (Marco Aurelio habría comentado este episodio con su máxima sobre las opiniones y los hechos). Pero es que a veces nos encontramos, más que con disparates, con auténticos horrores. Tal fue el caso de una chica blanca del estado de Virginia que, cuando estudiaba secundaria –siendo una quinceañera–, había pronunciado con ligereza, en un vídeo de tres segundos que colgó en Snapchat, la palabra *niggers*, término incendiario por sus connotaciones despectivas, pero que esa chica, en ese contexto, no usaba con intenciones racistas ni ofensivas, sino solo para poner de relieve el entusiasmo que sentía por haberse sacado el carnet de conducir. («¡Ya puedo conducir, *niggers!*»), como quien dice «tíos» o, sin ánimo ofensivo, «cabrones»). Pues bien: un compañero birracial, al ver el vídeo, lo guardó para utilizarlo cuando llegase el momento, que resulta que fue cuando, posteriormente, a la chica la admitieron en la universidad que ella quería. En plena era del movimiento Black Lives Matter, el vídeo se hizo viral y revocaron la admisión de la chica. El cruel compañero declaró que estaba «satisfecho de haberle dado una lección». «Adolescentes que pagan

por los adultos», decía en *The New York Times* la periodista especializada en derechos civiles Nikole Hannah-Jones: «Si ciertamente debemos ponernos en el lugar de la chica, otro tanto deberíamos hacer respecto al joven, frustrado por una cultura racista tan arraigada en las instituciones, pero sobre la cual reina el silencio». Y ¿qué decir del Princeton University Ballet, club universitario de danza clásica que, en enero de 2022, emitía un comunicado en el que, siete años después de la promoción de Misty Copeland a primera estrella afroamericana del American Ballet Theatre –una de las compañías de danza clásica más importantes del mundo–, se sigue asociando el *ballet* clásico a la supremacía blanca? «Nuestro objetivo es descolonizar la danza –advertían–, aunque esta siga constituyendo una forma de arte imperialista, colonialista, supremacista blanca y, por consiguiente, problemática». No cabe duda de que, históricamente, la danza clásica ha sido «blanca», como también lo ha sido el patinaje artístico; basta pensar en el racismo que padecieron la francesa negra Surya Bonaly –caso, este, bien recordado en la docuserie de Netflix *Perdedores*–, la afroamericana Debi Thomas o la japonesa Midori Ito. Y «blancas» han sido tradicionalmente las revistas de moda, en cuyo medio se sigue recordando a aquella famosísima directora que había jurado que, mientras ella estuviese allí, jamás una modelo negra aparecería en la portada. Pero de aquello han pasado treinta años. Hoy ninguna revista de moda podría sobrevivir prescindiendo de modelos de color, mientras que en el patinaje artístico, últimamente, el hecho de no ser asiático supone casi una desventaja. Misty Copeland es una de

las bailarinas más famosas del mundo. Representa, por lo demás, un modelo de bailarina clásica más contemporáneo: no solo *El lago de los cisnes* –huesos y vaporosidad–, sino músculos y fuerza en un cuerpo sano. (Y no es la única *prima ballerina* de color). También progresa la cultura popular. Ya en el año 2000, en la película *El ritmo del éxito* –ambientada en una academia de *ballet* neoyorquina–, la mejor bailarina era la espléndida Eva Rodríguez (Zoe Saldaña), latinoamericana, mientras que de sus dos compañeras blancas, una tenía los pies imperfectos y a la otra le faltaba coraje. Todo lo cual no significa, por supuesto, que el camino a la consecución de los derechos esté ya completado –tampoco que debamos aflojar la marcha–, pero tal vez fuese útil no ver todo como un «nosotros» contra «ellos», y no juzgar los errores y las miopías del pasado a la luz de las sensibilidades de hoy.

Por no hablar de que, en ocasiones, las víctimas de esta cultura de la cancelación son precisamente aquellos a los que la misma pretendía defender, como ocurrió con la obra del dramaturgo August Wilson, gran cantor de la experiencia afroamericana (muerto en 2005). Resulta que en 2020 un colegio privado de mayoría blanca de Carolina del Norte había decidido, para promover la diversidad, que los alumnos leyeran *Fences* [Vallas] (1984), la pieza que valió a Wilson el Premio Pulitzer, ambientada en la década de 1950 y modelo de la adaptación cinematográfica homónima de Denzel Washington con Viola Davis. Pues bien: la madre de un alumno negro impugnó la decisión por las expresiones racistas contenidas en el texto; la polémica degeneró, y quien terminó pagando el pato fue ni más ni menos que el

hijo de la señora, injustamente obligado a irse de aquel colegio.

Y no es que las motivaciones de la cultura de la cancelación sean siempre equivocadas. En el caso, por ejemplo, de las estatuas de confederados, retirarlas es, de hecho, un deber. «No se trata de testimonios históricos, sino de falsos revisionismos», me recordaba, en una entrevista para *La Lettura*, el escritor y guionista afroamericano Trey Ellis, docente en la Universidad de Columbia y autor del ensayo *The New Black Aesthetic* [La nueva estética negra] (1989). «La mayoría [de las estatuas de confederados] se erigieron al final de la Primera Guerra Mundial, como reacción frente a los soldados negros que, de vuelta en el Sur, empezaban a pedir igualdad de derechos». Mucho cuidado, sin embargo, con confundir la retirada de estatuas racistas con la eliminación del racismo. La decimoquinta enmienda a la Constitución de los Estados Unidos (1869) garantizó a los afroamericanos el derecho al voto, pero, con la estrategia republicana de la *voter suppression* ('supresión del votante'), el ejercicio de ese derecho sigue estando, todavía hoy, todo excepto asegurado. Añádase que, según los datos de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles –organización fundada en 1920–, a pesar de que los afroamericanos representen solo el 12 % de la población, desde 1976 las ejecuciones de penas capitales han sido de afroamericanos en un 35 % de los casos. En 2019, el 52 % de los presos a la espera de que los ejecutasen eran negros.

Pero, como decíamos, a esta censura de los últimos años no son inmunes autores negros ni LGBTQIA, por-

que la furia canceladora no solo es de izquierdas. La primera medida que tomó el republicano Glenn Youngkin como gobernador del estado de Virginia consistió, en efecto, en prohibir en los currículos escolares la *critical race theory*, es decir, el estudio interdisciplinario y transversal del racismo como fenómeno sistémico de la sociedad estadounidense. Lástima, eso sí, que la mayoría de los libros que el gobernador prohibió en absoluto enseñen dicha *critical race theory*, la cual se estudia sobre todo –ya en el nivel de posgrado– en las facultades de Derecho. Se trata, antes bien, sencillamente de textos escritos por autores de color. Entre tanto, en Texas, el diputado Matt Krause ha creado una *watch list* –una especie de lista de libros sospechosos– con unos ochocientos cincuenta volúmenes –entre ellos *Beloved*, de Toni Morrison², y *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood–, muchos de los cuales tienen que ver con el racismo y con la identidad de género; en Florida, el gobernador Ron DeSantis anda promoviendo una ley para prohibir cualquier discusión –tanto en los colegios públicos, como en el sector privado– que pueda provocar a alumnos o empleados cualquier forma de incomodidad respecto al pasado racista de los Estados Unidos, y en Carolina del Sur se está discutiendo una ley que prohibiría a los docentes abordar cualquier tema –desde la esclavitud hasta el socialismo– susceptible de provocar, sobre la base de una idea política, molestia, ansiedad o sentimiento de culpa. En febrero de 2022, en Estados Unidos nada menos que catorce estados habían aproba-

2. Publicado en español con el mismo título original. (N. del T.)

do leyes para limitar la enseñanza del racismo en la historia estadounidense; en treinta y cuatro estados se habían introducido ochenta y una propuestas de ley contra protestas antirracistas, y en veintinueve estados, hasta cuatrocientas cuarenta propuestas de ley sobre la *voter suppression* que antes comentábamos. A esto se añade lo que *The New York Times* ha calificado de «tribalismo de la vigilancia», es decir, las leyes –también estas de estados republicanos: Virginia, Virginia Occidental, Texas– que invitan a denunciar por correo electrónico o SMS cualquier cosa que resulte desagradable, desde una sospecha de aborto hasta pruebas de elecciones manipuladas o las palabras «equivocadas» de un docente.

Al mismo tiempo, mientras el género de terror afroamericano –desde *Déjame salir* (2017), de Jordan Peele, hasta *Lovecraft Country* (2020), de Misha Greene– se consolida como el más potente en términos de denuncia social de los horrores del racismo sistémico, y mientras wésterns con repartos íntegramente negros –como *Más dura será la caída* (2020), con Idris Elba– vuelven a legitimar la existencia de un género que durante mucho tiempo no sirvió sino para justificar la supresión de las minorías étnicas, en el cine y en la televisión proliferan, en nombre de la representación o por sumarse oportunamente a la coyuntura histórica, *remakes* con repartos negros de películas y series originariamente interpretadas por actores blancos. A menudo se trata, por desgracia, de meras recoloraciones, es decir, de intervenciones cosméticas que ni relatan la experiencia afroamericana ni le hacen justicia. Y este fenómeno –conocido

como *color-blind casting*³ – se entrelaza con el del *authentic casting*⁴, uno de cuyos primeros objetivos fue Jeffrey Tambor, actor cisgénero –es decir, que se reconoce en su género de nacimiento– y heterosexual que en la serie *Transparent* interpretaba a la transexual Maura. Como siempre, la que se equivoca es la intransigencia. Porque la representación es algo fundamental, y aquella práctica del *blackface*⁵, una cosa horrenda; pero si al director y guionista Aaron Sorkin se le critica por haber escogido a un actor español –Javier Bardem– para interpretar el papel de un cubano –el de Desi Arnaz en la película sobre Lucille Ball *Ser los Ricardo* (2021)–, entonces el concepto de interpretación, y con él milenios de cultura desde Esquilo hasta Ibsen, se van al traste. Y sin embargo, en nombre de lo políticamente correcto –y por miedo a no poder seguir trabajando–, muchos actores se apresuran a pedir disculpas, incluso con un tono exagerado (desde Tambor hasta tantos actores y actrices de color, pero con la piel menos oscura, antaño preferidos sobre intérpretes más propiamente negros). «Deseo desesperadamente disculparme, y disculparme todos los días –decía Thandiwe Newton, estrella de *Beloved* y *Crash*– con las actrices que tienen la piel más oscura. Lamento ser yo la seleccionada». Y todos tenemos ante los ojos recrudescimientos del antisemitismo; recrudescimientos –esto es

3. Literalmente ‘*casting* daltónico’ y, más literalmente todavía, ‘*casting* ciego para el color’. (N. del T.)

4. ‘*Casting* auténtico’. (N. del T.)

5. La práctica del *blackface*, que surgió en el teatro del siglo XIX, consistía en pintarse la cara de negro para interpretar caricaturas de afroamericanos. Desempeñó un importante papel en la difusión de estereotipos racistas. (N. de la A.)

lo peor— que la opinión pública percibe, cada vez más, como un fenómeno no tan grave. Ahora bien: si los papeles de judíos hubiesen de ser interpretados exclusivamente por actores judíos —como reclamaba la actriz inglesa Maureen Lipman al enterarse de que Helen Mirren iba a encarnar a la primera ministra israelí Golda Meir en *Golda*, cuyo rodaje empezó en 2021—, entonces habría que tirar a la basura buena parte de la filmografía sobre el Holocausto. Y se pregunta una en qué mundo vive David Baddiel, quien en su libro *Jews Don't Count* [Los judíos no cuentan] (TSL Books 2021) sostiene, para condenar la práctica del *jewface* —expresión acuñada por analogía con el *blackface* que antes mencionábamos—, que nadie escogería a un actor no parapléjico para interpretar a una persona en silla de ruedas cuando resulta, por el contrario, que, desde *Mi pie izquierdo* (1989) hasta *La teoría del todo* (2014), siempre ha sido así.

Entre tanto, aunque por razones culturales, estructurales y demográficas nunca llegará a los niveles estadounidenses, el asunto de la cancelación también se deja sentir en Europa. (Aunque sea por motivos desencaminados). Aquí, si por una parte se concede un (polémico) Premio Nobel de Literatura a Peter Handke —partidario de Milošević y negacionista del genocidio de Bosnia—, por otra parte se pide la cabeza de J. K. Rowling —acusada de intolerancia con las personas transexuales— cada vez que publica un tuit. Si en Francia las memorias de Vanessa Springora y Camille Kouchner han disipado por fin el pacto de silencio que, desde hace décadas, protegía la pedofilia de los intelectuales Gabriel Matzneff y Olivier Duhamel, incluso el papa Francisco ha puesto de re-